

## RUTILA

Gerardo Guiza Lemus

**E**sa tarde, la lluvia torrencial se abatió sobre la ciudad, el mar embravecido inundó la bahía, despertando los aromas de la sal; un manto gris había desaparecido al sol, y la bruma y la frescura bañaron el fatigado cuerpo de Rutila.

Aquí, al otro lado de la bahía, donde está el viejo corazón del puerto, en el lugar de las calles empinadas y angostos callejones, entre los turbulentos edificios que nos invitan a sentir los años cuarenta, el ritmo de la vida y de la experiencia tiene otro sabor.

En el viejo y ruidoso centro del puerto, no huele a glamour, el aroma de la leña y del carbón de las décadas pasadas, aún perfuma sus aires.

La anciana Rutila, cobriza de abundante cabellera plateada y grácil figura, camina todas las tardes por las callejuelas del puerto, vende panes de trigo, los ofrece a las puertas de los diarios que se imprimen cada día. El ruido de las máquinas impresoras no cesa, y Rutila pasa las noches de este eterno trópico, en los marcos de las puertas enrejadas de las prensas. Su almohada es una hoja sucia, en su portada luce el anuncio de una tienda comercial que dice: "bolsas grandes/cuentas chicas".

Para Rutila todas las noches son iguales, después de entregar a su patrona el resto de las mercancías no vendidas, se sienta a las puertas de las prensas a esperar el sueño anunciado con bostezos. Lo mismo saluda al pescador que al burrendero, a la María, o al que arma las placas impresoras del diario; todos aparentemente la conocen, pero ninguno le ha preguntado sus penas.

Después de observarla varias noches consecutivas, me decidí a entablar contacto con ella, la luz de una farola cercana iluminaba su rostro; Rutila también tuvo charla para conmigo, ella habla con todo el mundo, pero ninguno la conoce.

Por aquí, mientras fuma con orgullo su aromático cigarro sin filtro, pasa la negra que trabaja de mesera por las noches en el bar del puerto, también con ella Rutila se saluda. Una ternura inmensa me inspira esta mujer en el alma. Su mano busca impaciente en el bolsillo de su vestido el último cigarrillo de la arrugada cajetilla, lo enciende con el que aún arde en su mano.

Rutila entonces vuelve a verme con sus ojos hundidos y marchitos diciéndome: ¿alguna vez ha dormido usted en la banquetta? No Rutila, respondí. ¿Usted ha ofrecido cosas para vender en la calle? Vuelvo a contestar negativamente. Usted güerito perfumado, no sabe lo que es la vida, soltando una profunda y dolorosa carcajada, que dejó ver sus desdentadas encías. "Váyase, ándele, váyase, que sólo hablo con los del pueblo, con los fregados como yo, váyase güerito, no quiero verlo aquí, no lo estoy insultando, pero en la vida aprendí a vivir con los míos, y no creo que tengamos nada de que hablar usted y yo. Le advierto que tengo mucha dignidad como para soportar que intente como otros, darme dinero, para comer he trabajado toda la vida, porque para dormir, sólo me basta una banca de un parque, o el escalón de una banquetta."

¡Rutila!, proseguí, sus ojos habían derramado dos lágrimas, quise insistir para hablar con ella un poco más

pero fue inútil, al voltearse dejó ver su desgastado vestido, la espalda y el huesudo y arrugado cuello.

Con mayor curiosidad que antes tuve que levantarme, apresurado fui al departamento donde estaba alojado, ya allí la observé desde el balcón, nadie se percató de su llanto, el vaivén de las impresoras lo acallaron no sé cuanto tiempo.

Vi todavía cuando enrolló su almohada de hojas de papel periódico, cerrando los ojos para siempre. A Rutila muchos la saludamos pero pocos la conocimos, tenía un dolor muy grande en el alma, sabrá Dios cuál; pero las asperezas de la vida la enseñaron a callar siempre.

A la mañana siguiente, cuando el sol anunciaba un nuevo día, sus amigos del diario le dedicaron un espacio para recordarla, de esos pequeñitos que salen en los anuncios clasificados; yo mismo compré el periódico cuando se la llevaba la Cruz Verde para nunca volver.

